

EPILOGO

Luz Pichel

Estos poemas, esta cajita de los tesoros, guarda en su interior una colección de cuentos. Si te asomas, si destapas la caja, vas a ver cuánto va de la niña a la madre, de la angustia a la flor del cerezo, del amor al amor más grande, de la presencia al olvido, del ansia de las olas al vértigo del acantilado, de la ausencia a la vida de nuevo. El cuento de la niña que pisa los cristales que le rompieron se convierte en la historia de la mujer que llora con un bollicao en la mano. La que olvida como se nombra el dulce recuerda sin embargo todas las caricias. El cuento que termina con la mujer hechicera empieza con la fábula de la mujer que quiso darlo todo: el corazón, la piel, el alma, la luna misma. En el cuento siguiente, vuelve a querer darlo todo.

Como en las buenas historias, hay entre todas ellas elementos de unión que tejen un sentido: la profundidad de los ojos que aman y se miran mientras los cuerpos cuidan el deseo, la contradicción, la dulzura y el dolor de todas las que están y se parecen: la niña o la grande, la manchada o la limpia, la sirena, la que mira hacia dentro y no ve más, la que pisa la calle y siente el dolor de los otros.

En esta caja están todos los matices del amor, desde la euforia de los encuentros felices a la amargura de los gestos más crueles. Entrar a estos poemas es encontrarse una vez más con el relato de la experiencia del amor más pleno en su ansia de ser y la experiencia de la inevitable caída. Pero hay corazones que no van a quedarse pegados al asfalto y eso también lo encontramos aquí.